

# Calugas añejas (V)

Re-cuentos POR SERGIO GUERRA

## Los García y el Callejón del Diablo

La casa (casona para las otras enanas que conformaban la manzana de Uruguay, Constitución, Ecuador o Callejón del Diablo e Independencia) en que vivían los García ocupaba casi la media cuadra entre Ecuador y Uruguay dando frente a Independencia. Como la veo tan enorme en mi imaginación tengo que definirla como “casona”, pues no le cabe otra definición a una gran casa estilo colonial, con corredor techado, una puerta principal grandota que, a través de un pasillo, daba conexión a un par de salones que deben haber sido de mucho lujo y a los que rara vez tuvimos entrada los dos hermanos Guerra mayores, o sea la Pirula y yo, que a veces éramos recibidos como visita en ella. Aparte del matrimonio García (de los que no guardo grandes recuerdos, pues nuestro contacto no pasó más allá de ir a venderles



votos para la elección de reina del barrio algunas veces), lo conformaban tres hijos, Pelluco, que era el mayor, la bella, burlesca y hoy anónima hermana del medio de la cual ya he confesado mi amor-admiración, y el Raúl, que creo sentía mucho entusiasmo por mi hermosa hermanita, la candidata a reina del barrio. *(En la imagen, Francisco García, empresario y concejal de Los Vilos, hijo menor de Raúl García)*

Tres hermanos a quienes indiferentemente junto a sus



padres la gente llamaba “los Poto’e gallo”, por una razón que desconozco, que nunca averigüé y que no quiero aceptar que fuera porque eran “apretados” o mezquinos. Nunca lo fueron con nosotros y sin chistar, riéndose de nuestra iniciativa, que a todas luces era sólo monetaria, nos pagaban los votos que les vendíamos para elegir de reina... a mi hermana, la única candidata, de la cual yo a veces cruelmente me burlaba, llamándola “la reina poto cagao”, lo que no era cierto, desde luego, pero que a lo mejor me servía para “ponerla en su lugar” cuando los humos se le iban a la cabeza. Mote con el que yo recorría la cuadra entre el Callejón y Uruguay, recitando a gritos las ofensivas palabras, y bailando a saltos un baile que yo creía me resultaba tan bien como a los gringos que lo habían inventado y que era sumamente popular en esa época de los primeros cuarenta; me refiero al “swing”, que no tengo idea de cómo había llegado a mi barrio ni de cómo le hacíamos para escucharlo, si la radio era una ilustre desconocida aún. Pero bailar, saltando en una y otra pierna, en el pie, que tocábamos sucesivamente con la mano del mismo lado, era una especie de baile-deporte del que todos los chicos nos sentíamos unos ases. Yo primero.

Los García nos recibían en el corredor techado, que daba vista a unos extensos sembradíos que ocupaban los tres cuartos de la manzana que les pertenecían y en las que, como en toda casa de campo, se amontonaban en una de sus orillas las herramientas de cultivo. Seguro que a veces nos inundaban las narices las fragancias de campos húmedos recién roturados (un olor que todavía me emociona cuando lo percibo al viajar por sectores rurales de Los Ángeles); o de ese olor especial de maizales; o el todavía más fuerte y penetrante de la mata de tomate recién cosechada. Qué sé yo. Hay memorias que uno tiene y que sin saber cómo se disparan para ponerle olor a nuestros recuerdos.



Mis recuerdos de la casa de los García están así perfumados, matizados con el apenas disimulado gesto burlón de sus expresiones al escucharnos la oferta de venta-compra de votos, mientras nos preguntaban cosas propias de nuestra niñez y de miradas apreciativas a la carita de “la candidata”, de las que Raúl era el más entusiasta, puesto que era él quien nos invitaba a que fuéramos a venderles votos a sus papás. Gestión en la que muchas veces participó aquella hermosa muchacha dueña de mi admiración y que, talvez dándose cuenta de mis ocultos sentimientos, aprovechaba para hacerme hablar, de mi casa, mi familia, mis amigos heladeros, de la escuela, para luego reírse sin razón aparente y dejarme extasiado con su gesto, sacudiendo la hermosa cabellera y echando la cabeza atrás.

Digo que nunca me expliqué el sobrenombre, ni me interesa tampoco, y si lo menciono es porque así se les llamaba y para mí era tan natural como llamar “La Calle del Medio” a Constitución (¿la siguen llamando así, acaso?) o Callejón del Diablo a Ecuador... o “El Arenal” al final de la calle de Las Álvarez Pérez que remataba en el portón de reja de fierro que impedía el acceso a ese otro tierral pomposamente llamado Estadio, o la “Cancha Brava”, a la salida norte del pueblo. Nombres que todos usábamos y por los cuales todos nos entendíamos sin mayores explicaciones. Nombres que tenían una ligazón intensa y profunda con aquellos a quienes definía: No podíamos hablar de “chacra” si no lo completábamos diciendo “La Chacra de don Cirilo”, un nombre y definición que eran inseparables, como lo era el decir “la calle del medio” y “el callejón del diablo”.

Así como el canal que corría en la parte superior de Vial Recabarren, que portaba un enorme caudal de aguas cristalinas pero absolutamente impuras, pues eran transporte obligado de los desechos humanos de la mayor parte del pueblo, ya que montados en sencillos puentes de



madera que lo cruzaban en cada casa de su largo recorrido se instalaban nuestros “servicios higiénicos” (o “guáteres” o, más pulcramente dicho, “excusados”), la chacra de don Cirilo, que bordeaba uno de los costados del Estadio Illapel, estaba regada por una acequia de aguas pastosas, negras, seguramente hediondas, hecho que al parecer a nadie importaba. Muchos íbamos a comprar las verduras frescas allí, sin preocuparnos de la clase de agua de riego, pues ya lo dije antes, Higiene Ambiental, o Sanidad como se le llamaba al comienzo, eran ficción del futuro. Sencillamente no existían; el ahora Servicio Nacional de Salud no tenía ni siquiera un nombre en mi memoria y, en un pueblo donde aún no teníamos alcantarillado, canales y acequias debían cumplir la necesidad de arrastrar desechos. Por eso es que las aguas del canal, cristalinas, siempre corrientes todo el año, y a veces santuario de guarisapos y pumpullos en remansos ocasionales, eran usadas cada tanto para regar las siembras vecinales que en cada manzana los vecinos, como mi padre, los Rojo, los García y tantos otros solían cultivar.

El “Callejón del Diablo” que he mencionado ya tantas veces, corría, se *deslizaba* más bien, pues era una acequia sinuosa. o un barrial sempiterno que provenía del final de la quebrada que estaba al final, parte superior de Vial Recabarren, y que iba a morir, apenas dos cuadras más abajo, entre “la calle del medio” y la chacra de don Cirilo. Para detallar, corría paralela a la casa de los Polo (los compadres de mis papás, doña Juana y don Arturo Polo), desde Vial Recabarren, a Independencia y paralela a la propiedad de los García entre Independencia y Constitución. Dos cuadras apenas, llenas de barro los 365 días del año y de historias de siniestras apariciones satánicas todo ese mismo tiempo.

Oscurecida ya la tarde, pocos eran los valientes que osaban transitar por ese callejón. Tengo la impresión de que por el frente de los García había una propiedad muy

abundante en árboles frutales, sobre cuya tapia de adobes sobresalían cargadas ramas de nogales. La tentación de una cosecha ilegal se detenía al atardecer, hora de comenzar los miedos, los que eran aumentados por la absoluta falta de iluminación nocturna de todo el trayecto. Oscuridad absoluta, barro pegajoso, tupida sombra de ramas de nogales que hacían más siniestra la siniestra oscuridad, eran una suma que ningún infante se iba a poner a calcular y muy pocos, acaso ninguno, de los adultos transeúntes. Yo nunca lo hice, lo juro.

Tal era el escenario apropiado para hacer circular las historias de apariciones del demonio, en las que todos creíamos pie juntillas. Ya dije que ni el más valiente de los valientes se habría atrevido a transitar por allí. Y la verdad, que yo sepa, nadie lo hacía; apenas los carabineros ‘de ronda’, que recorrían pausadamente la noche illapelina montados en los caballos de los que la policía uniformada era



propietaria entonces. La “pareja” de carabineros de ronda (siempre eran dos, obligadamente, por eso lo de “pareja”) caminaba al tranco lento de los caballos, sin apuro, conversando en voz baja, amortiguando el sonido de los cascos equinos con el polvo de las calles, ya que por esos tiempos, m’Illapel sólo tenía pavimentada una cinta, que no la cubría en todo su ancho, de parte de Constitución, desde Valdivieso hasta la entrada de la Avenida Irarrázaval (la famosa “Cancha Brava”). Era frecuente que los vecinos de esa parte central del pueblo regaran, especialmente en las calurosas del verano todas las tardes esa sección de tierra que por economía el municipio no había querido pavimentar, usando unas palas especiales, artesanalmente fabricadas cortando la mitad del cilindro de un tarro y claveteando el círculo de la tapa no usada a un palo o mango, para sacar el



agua que corría a veces por la acequia o canaleta encementada de las soleras de cada lado. Una labor que casi nadie dejaba de practicar, pues mantener la calle fresca y libre de polvo o de “tierras voladoras” era indispensable, so pena de tener el negocio, o la casa sucios de polvo.

Una de esas noches de cansino traquetear equino, en la esquina de Uruguay e Independencia, la “pareja” de la ronda de carabineros percibió una presencia misteriosa, también a caballo, parada en la esquina del Callejón con Independencia. Y hacia allá se dirigieron, sacando trote a sus cabalgaduras, para averiguar quién podría ser ese solitario jinete, y a esas horas de la medianoche.

Curioso, el hombre a caballo esperó a que se acercaran hasta el comienzo de la casona de los García, a dos tercios del callejón, y de un veloz y silente galope se instaló en la esquina del callejón y Constitución, donde los esperó nuevamente. Cuando otra vez los tuvo cerca, partió raudo y silencioso para esperarlos en la esquina de Constitución y Uruguay (¿dije que a esas alturas de la persecución todos los perros de las cuatro manzanas que rodeaban la de esta relato aullaban “como poseídos por el diablo? Si no lo dije, lo digo ahora, la sinfonía de aullidos era el acompañamiento perfecto para el estruendoso clatapat-clatapat de los caballos policiales en las secciones endurecidas de la calle. Un concierto de engranujar la piel, y que mi madre sintió desde su cama en la casa de piedra cuando el ruido de cabalgaduras al galope la despertó). Se acercaban los policías de a caballo a esa esquina de Constitución y Uruguay, cuando el oscuro caballero se deslizó, raudo y silencioso, hasta la esquina de Uruguay e Independencia, en donde nuevamente los esperó y adonde los policías no alcanzaban a llegar cuando, otra vez y sin ruido de cascos, se trasladó a su punto de partida, en el Callejón del Diablo.

“Mi sargento – dijo el policía de menor rango a mi padre – esta hueá no es conmigo. Yo creo que estamos



**persiguiendo al Malo... Si no, cómo llega a la otra cuadra tan rápido? Usted perdone, mi sargento, pero yo no sigo.”**

**Al punto final de esta conversación, mi padre campesino viejo y poco convencido de apariciones, continuó la carrera, solo. Muy solo, porque aquel silencioso caballero perseguido se había esfumado en la esquina donde primero apareciera.**

**Mi padre nunca me mintió, creo. Cuando me contó esta historia no me obligó a que la creyera tampoco, pues siempre usaba el dicho aquel de “Yo no creo en brujos, Garay, pero que los hay, los hay.” Y se rió con su risa blanca, llena de albos dientes.**

**Esta es una caluga añeja que habré de masticar por siempre, pues no sé qué creer.**